

PEDRIQUE: CONJUNCIÓN DE LO SAGRADO Y LA CULTURA

MANUEL MORENO VALERO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

No llegó a Pedrique por una decisión propia. No hubo en su vida un momento en que se determinara a cambiar de residencia y dejar la galería Las Minas en el centro de Madrid o El Molino del Cubo en la sierra de Gredos por este paraje enseñador de Sierra Morena, en el norte de la provincia de Córdoba.

Aurelio Teno ha dicho siempre que sintió un impulso interior, una llamada; y como una frágil nave es llevada por el viento hacia horizontes desconocidos, él fue traído hasta aquí por la caricia de los dioses, hasta encallar en estos acantilados llenos de olivos.

Cuando se estudia la historia de las religiones advertimos que no es casual el lugar elegido para los santuarios. Tienen todos ellos un porqué. Están allí, precisamente en ese lugar geográfico y con esas características porque no es lugar vulgar y corriente. Los dioses huyen de la vulgaridad porque si no, no serían dioses.

Para el hombre religioso el espacio no es homogéneo, hay porciones de espacio cualitativamente diferentes de otras. “No te acerques aquí —dice Yavé a Moisés—, quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada”.¹

Hay pues un espacio sagrado y por tanto de cualificación distinta del restante espacio, que para entendernos podemos llamar profano.²

Los lugares sagrados son espacios especiales y tienen unas características que los antropólogos han estudiado y que aquí y ahora no vamos a tratar. pero quede bien asentado que el emplazamiento en que nos encontramos, Pedrique, es un recinto sagrado, un sitio elegido para el culto a la divinidad, un paraje donde ha estado encendida de manera permanente la llama viva dirigida hacia la

¹ *Exodo*, 3,5.

² Mircea Eliade. *Lo sagrado y lo profano*. Ediciones Labor, colección Punto Omega, 1988, pág. 59.

transcendencia y lo ultramundano. ¿Quién sabe si los mozárabes cordobeses pusieron aquí uno de sus muchos santuarios? No muy lejos se hallan las ruinas del *Germo* que fue un templo visigótico.³

No sólo la religión católica ha inculturado su fe a través de la historia. Todas las religiones han hecho otro tanto y en todos los tiempos, como lo demuestran los descubrimientos arqueológicos.

Así cuando y donde se descubre un templo, ahondando, siempre se ven restos de otros santuarios dedicado a otra divinidad de otra religión y de otro tiempo mucho más remoto.

Igual que existe una estratigrafía geológica, existe otra del sentido religioso de los pueblos, marcada por el hombre.

No quiero traer aquí lo diferenciador que cada religión puede dar a ese lugar sagrado y lo que cada cultura o tiempo histórico puede ofrecer arquitectónicamente en ese templo sagrado. Aquí y ahora quiero reforzar lo que une y la similitud y no lo discordante.

Si salimos fuera, a unos metros, en el lugar “llamado de la era”, una altiplanicie desmochada, donde hace meses nuestro amigo Aurelio Teno descubrió, de manera casual, los restos de una carta astral; donde según él y con el silencio de los peritos arqueólogos se había rendido culto a la divinidad en tiempos del neolítico. El convencimiento personal le lleva a proclamar a los cuatro vientos que este entorno goza del privilegio de lugar sagrado.⁴

Sabemos que Juan Ginés de Sepúlveda pasaba largas temporadas en este lugar y como sacerdote y hombre de fe, de la que siempre hizo alarde, construyó su propio oratorio personal y familiar donde celebraba la Santa Misa y platicaba a todos sus deudos.

Por esos ahora no nos extrañará que en los finales del siglo XVIII vinieran aquí hombres del desierto de Ntra. Sra. de Belén, ermitaños de San Pablo y San Antonio Abad cuyas reglas y estatutos había aprobado el obispo fray Diego Mardones.

Tampoco nos extrañará que a este apartado rincón de Sierra Morena, al eremitorio de Pedrique, llegaran llamando a sus puertas mayor número de pretendientes pidiendo gozar de su silencio y oración que a aquel tradicional desierto cordobés cuyos orígenes remontan algunos al siglo IV con el obispo Osio. Durante su existencia mantuvo un atractivo curioso como potente imán para todos los que buscaban la soledad para la contemplación.

No nos extrañará que aquí cobre fama el hermano Francisco de Cristo, ermitaño ejemplar que puso esta hacienda en orden y prosperidad económica. Transformó la selva de acebuches improductivos en feraz olivar y trajo hasta aquí los plantones afamados de Adamuz y Montoro para convertir lo que era salvaje e improductivo en ubérrimo olivar y eso sin perder un ápice el recogimiento de su vida religiosa y anacoreta de los ermitaños, haciendo perfecto maridaje y conjun-

³ Ulbert, Thilo: “El Germo”, *B.R.A.C.*, 91 (1971), pp. 149 s.s. y Castejón Martínez de Arizala: “Excavaciones en monasterios Mozárabes de la Sierra de Córdoba”, *idem*, pp. 65 s.s.

⁴ Conversación personal en la que nos comunicó el hallazgo.

ción como dice aquella máxima de la vida eremítica: *ora et labora*.

Las pequeñas campanas de las espadañas de las ermitas diseminadas por estos parajes se oían a las dos de la mañana en los días del crudo invierno para convocar a los ermitaños a maitines y oficiaban el reloj que les orientaba en todas sus faenas y rezos durante una jornada de trabajos ásperos y duros hasta las ocho que tocaban ánimas y se recluían en sus celdas.⁵

PEDRIQUE, FOCO DE CULTURA

Junto a la sacralidad del lugar en que nos encontramos, permitidme que también haga una referencia a él como lugar de cultura.

El insigne polígrafo, el Tito Livio español, cronista del emperador Carlos I y preceptor de Felipe II, doctor don Juan Ginés de Sepúlveda, tuvo aquí, en Pedrique, su mansión de recreo y de descanso cuando hacía escapadas de la corte.

Nos dice su valedor y gran estudioso de su obra, don Ángel Losada, entresacado de su epistolario:

“Bellos jardines adornaban las faldas de las montañas de Sierra Morena. Por todas partes huertos, viñas y olivares. Los higos, especialmente, eran excelentes y los arroyos, de un agua pura y cristalina.

En primavera, el ambiente estaba intensamente cargado de perfume de los naranjos en flor”.⁶

Era ésta, la “Huerta del Gallo” a la que se refería en latín con el nombre de “*praedium Marianum*” que según otro biógrafo de Ginés de Sepúlveda, Beneyto, es la finca actual de “Pedrique” en la carretera de Córdoba a Almadén, en plena Sierra Morena.⁷

Aquí pues pasó felices días el único español a quien admiró Erasmo dedicado al estudio profundo. Aquí quedaba dormido en la siesta al arrullo de las palomas y del canto del ruiseñor y despertaba para seguir leyendo a Cicerón, Tito Livio o Quinto Curcio.

Aquí paseaba al alba, rezando las horas del breviario bajo la arboleda llena de música pajaril. Otras veces se quedaba extasiado contemplando el trabajo delicado de las abejas junto a las posadas de colmenas en estos cerros o el picotear de los tordos y zorzales.

Su mirada se recreó en muchas ocasiones, contemplando planear serenas las águilas y los gavilanes que su contemporáneo, del valle de la Serena, Luis Zapata, resaltó como los mejores gavilanes del Pedroche y que tan maravillosamente ha sabido esculpir Aurelio en su obra artística:

⁵ Moreno Valero, Manuel. “El Eremitorio de Pedrique”. *Boletín de la Real Academia de Córdoba* n.º 107, año 1984.

⁶ Losada, Ángel. *Juan Ginés de Sepúlveda a través de “su epistolario” y nuevos documentos*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1973, pág 86.

⁷ Beneyto Pérez, Juan. *Ginés de Sepúlveda, humanista y soldado*. Editora Nacional. Madrid. MCMXLIV. Pág. 73.

“Los mejores neblíes de las Hocinas,
los mejores azores de Navarra,
los mejores gavilanes del Pedroche,
los mejores baharíes de Cataluña,
las mejores mulas de Villalón,
los mejores toros del Jarama”.

Estaba tan orgulloso de su hacienda de Pedrique y se veía rodeado de todo cuanto ansiaba para ser feliz que llegó a escribir a su amigo el obispo de Córdoba “que sólo le faltaban los pavos reales para competir con la maravillosa finca “Alameda del Obispo” y pocas fechas después recibió unas crías que le envió quien además y por encima de superior, era su amigo y admirador de su obra literaria, el prócer obispo don Leopoldo de Austria, desde la capital.⁹

Bell sentencia de esta manera la permanencia de Ginés de Sepúlveda en estos pagos: “El gran humanista, entre sus pájaros y flores, debe de haber sido uno de los hombres más serenamente felices de Europa”.¹⁰

Hasta aquí llegaron muchos hombres de la intelectualidad de aquel momento en busca del sabio consejo de quien fue figura egregia y en busca del placer de su conversación culta y sabia.

Desde aquí, ya enfermo, lo llevaron hasta su pueblo natal. Cuenta la tradición que a las afueras del mismo, junto al Arroyo de la Condesa, le llegó el momento de expirar y desde entonces en aquel lugar hay clavada una cruz de piedra que se denomina la Cruz del Doctor, en memoria suya.¹¹

Más cosas se podían decir de este lugar en que nos encontramos, pero baste por hoy.

En otra época anterior tuvo clara influencia en él lo telúrico. La boca de la mina, donde vino a este mundo, se reflejó en los materiales usados para su comunicación artística: el cuarzo, el granito y la amatista. En sus esculturas las águilas y gavilanes que planean por el cielo pedrocheño dieron origen a su temática. Ahora, desde que se vino a vivir a este lugar, hay en él una etapa mística y religiosa profunda cuya temática, como puede advertirse, está enmarcada en el mundo religioso de los monjes que habitaron en un pasado estos parajes.

Hemos deseado dejar constancia de este último momento artístico que vive nuestro paisano.

Hemos querido expresar dos vertientes que se unen en una misma persona y que es nuestro anfitrión, Aurelio Teno. En él se unen lo sagrado y lo cultural como dos caras de la misma moneda, dos aspectos y dos tareas que convergen en su persona.

Su larga melena nada tiene que ver con la tonsura obligada de los ermitaños,

⁸ Zapata, citado por Muñoz Calero en *Boletín Informativo Municipal de Pozoblanco* n.º 182-83, 18 septiembre 1974.

⁹ Citado por Losada en *opus cit.*, pág. 87.

¹⁰ *Ídem*, pág. 88.

¹¹ Así se denomina la cruz que hay junto a la carretera llamada de Villaharta en su confluencia con la nueva llamada del I.R.Y.D.A., que va a Bélmez.

pero han transcurrido siglos y en esto, como en otras muchas cosas, mandan también las modas y los nuevos modos. La clerical tonsura desapareció como rito previo a las órdenes menores, que también desaparecieron o se cambiaron en ministerios.

La mesa de *langostinos y jamón de pata negra* con que Aurelio convida a sus amistades nada tiene que ver con la frugal comida de garbanzos, lentejas y habas que los ermitaños devoraban con ansiedad después de una densa jornada laboral labrando los olivos, talando su ramaje, acarreando su fruto hasta la molina.

Ni los caldos de finas marcas con que ingiere sus ricos y sabrosos alimentos se parecen al agua cristalina con que saciaban su sed aquellas personas sencillas que buscaban en la soledad a Dios.

Sus vestes sagradas las constituyen esas policromadas y remeadas camisas de artistas con que se adorna.

Esas cadenas ostentosas que cuelgan de su cuello y marcan su pecho le dan un aspecto sacral de persona segregada y apartada de la generalidad. Tiene una prosapia de gran sacerdote dispuesto siempre a la acción cultural.

Semeja sobre su pecho un rico pectoral episcopal y su anillo con pluma exótica parece anillo pastoral y la cayada con que se ayuda para pasear por estas hondonadas más parece un báculo de humilde obispo rechoncho y bien comido.

Si a esto añadimos el olor a sándalo o incienso humeante envuelto en la música monjil que antecede y acompaña el recorrido de este museo de monjes y frailes, debemos concluir que ha conseguido todos los elementos inherentes a lo sacral y cultural.

Le hemos oído muchas veces, que a su manera, tiene un sentido sagrado de lo cósmico y todos conocemos que en él tiene una fuerza arrolladora lo telúrico. Se nos ha presentado muchas veces en plan humorístico y jocosos como el *Gran Hechicero* y gusta de la decoración con elementos religiosos que son abundantes en su propio hogar. Sueña con dedicar la pintada capilla ecológica a San Onofre.

Toda experiencia religiosa o encuentro con lo sobrenatural, según la fenomenología de la religión, provoca en el ser humano desconcierto que no está ajeno al temor y pavor ante lo luminoso y la reverencia por la majestad.¹²

Lo emocional o sentimental prima más que lo racional en la religión y en el trato con la divinidad.

Aurelio no concatena cuatro palabras seguidas, sin embargo su corazón se desboca, sin brida que le ponga control. No es la irracionalidad sino el borbotón de emociones que se atropellan por salir en orden. Es lo que se ha venido en llamar *alboroto místico*. La palabra usada es *arretón*, inefable; es decir, completamente inaccesible a la comprensión por conceptos¹³.

Como artista, que lo es y muy consagrado, será el discurso de su obra artística, la manifestación de su arte quien evocará este momento para siempre en la Real Academia.

¹² Rudolf, Otto. *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*. Alianza Editorial. Madrid, 1980, págs. 23 y s.s.

¹³ *Idem* anterior, pág. 9.

Hoy asistimos a su “quasi” ordenación sacerdotal. En esta ocasión y en este santuario hace su discurso de ingreso en la Real Academia de Córdoba y actúa como consagrante principal el gran sacerdote, director de la docta corporación, Excmo. Sr. D. Ángel Aroca Lara.

El presbiterio aquí reunido lo acoge como miembro excepcional y privilegiado y en lugar de imponer nuestra manos sobre su cabeza ungida por los dioses y en lugar de besar sus manos selladas por la divinidad para el arte, abrazamos al nuevo miembro y hermano con alegría desbordante y le damos la bienvenida esperando que su presencia entre nosotros nos proporcione frescor y los destellos de luz que a él alumbran repartirán su oro sobre nosotros también.

Pedrique está llamado en un futuro inmediato a ser un foco de cultura para toda una zona deprimida de nuestra geografía provincial a la que Aurelio no sólo no renuncia, como tantos otros que huyen y esconden su naturaleza avergonzados, sino que está dispuesto a dar cuantas batallas hagan falta para sacarla de esta depresión y abandono.

El se blasona de tener raíces pedrocheñas y por eso todos los pueblos de la comarca le veneran y le quieren. En todos ellos han tenido gran éxito sus exposiciones. Algunos de estos pueblos le han nombrado hijo adoptivo y otros le han dedicado y han puesto su nombre a paseos públicos recientemente inaugurados.

No sólo estos pueblos sencillos y humildes de Los Pedroches han reconocido y valorado su obra, también las entidades públicas de la política y de la administración, así como las privadas de la cultura, entre las que cabe destacar la Real Academia de Córdoba y la Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales, acudieron a solicitar para él el premio Príncipe de Asturias de las Artes.

Aquí tiene un gran proyecto y es su intención formar generaciones de artista a los que Aurelio va a transfundir algo de lo mucho que lleva dentro y de lo que le dotó Dios y la naturaleza.

Soñamos que generaciones de niños que hoy están ajenos a la aventura deslumbrante del arte, un día no muy lejano se extasíen y se estremezcan ante la belleza y sean capaces de plasmarla y mostrarla a los demás para enriquecerlos.

En Aurelio como en Pedrique, Aurelio es Pedrique, Pedrique es Aurelio... hay una conjunción de lo sagrado y lo cultural.

De esta unión se pueden esperar realidades que hoy acariciamos como en sueño pero que no tardará en cristalizar para bien de Los Pedroches.